

introdujo un gran progreso en la civilización de su pueblo prohibiendo mutilar ó martirizar á los prisioneros antes de su muerte; pero ya es sabido que es muy distinto tener delante de sí un hombre ó un judío, y asimismo conocemos los motivos del odio particular que animaba á Mahoma contra los hijos de Israel.

CAPITULO IV

ÚLTIMOS AÑOS DEL PROFETA Y TRIUNFO DE SU RELIGION. DOCTRINA DEL ISLAM

La «guerra del foso» y la destrucción de los koreiza marcan en la historia de Mahoma un cambio análogo al producido por la batalla de Bedr. Si esta le convirtió de fugitivo sin patria en poder militar no despreciable, el resultado negativo de la campaña de la coalición demostró que sus contrarios, aun reuniendo todas sus fuerzas, no estaban ya á su altura, á lo menos en su propio terreno. Así no se esfuerzan siquiera en renovar su tentativa; cada uno procura resistir todavía cuanto le es posible, confiando al propio tiempo en cualquier cambio de la suerte de la guerra, pero casi nada se emprende para la prosecución de la única política prudente, la de la defensa comun. Los beduinos confían en la distancia é inaccesibilidad de sus tierras de pastos, los judíos en la fuerza de sus torres, y los de la Meca procuran todavía defender el territorio sagrado; pero ninguno se atreve á tomar de nuevo la ofensiva: de esta suerte pudo Mahoma ocuparse tranquilamente en atacar aisladamente á cada uno de ellos y destruirlos á todos por turno. Esto lo realizó con la maestría de un consumado político, que libre de todo influjo de pasiones y preocupaciones pesa con fría calma los medios, y sabe ora sofocar con severidad agitaciones peligrosas, ora construir puentes de oro á los adversarios que solo por fórmula se resistían aun. Su táctica para dominar por partes á todas las fuerzas enemigas recuerda la astuta política de la antigua Roma, así como también se ve esta política en el esfuerzo de representar en todas partes cierta grandeza.

En el año 6 (627) le vemos ocupado en disponer desde Medina, sometida ya incondicionalmente á su dominación, expediciones en todos sentidos, para infundir de nuevo respeto á los beduinos de la Arabia central y de este modo asegurar su retaguardia hacia el Este y Nordeste, á fin de poder dedicarse con toda tranquilidad á sus muy queridos y antiguos paisanos del Sur y á las ciudades judías del Norte, distrayéndoles entretanto con todo género de escaramuzas hasta que llegara la hora de acometerles seriamente. Así tenemos noticias de multitud de correrías contra las varias subtribus de los gatafan, asad y hawasin, que por su propia naturaleza conducían menos á grandes triunfos inmediatos que á atemorizar mediatamente á esos vecinos turbulentos. Al propio tiempo es capturada una caravana de la Meca, son sorprendidos y castigados en Fadak los Benu Ja'ad, sospechosos de confabulaciones con los judíos de Heibar, cuyo caudillo Oseir es también traidoramente apresado y asesinado por uno de tantos hombres siempre dispuestos á aceptar semejantes encargos. Sería muy interesante poseer informes mas exactos de algunas otras expediciones que parecen indicar que ya entonces se ocupaba Mahoma en extender su poderío mas allá de las fronteras de Arabia. Despues que hubo cortado á los de la Meca la vía comercial hacia el Norte, hizo que sus mismos medineses enviaran caravanas á la Siria; y precisamente en aquel año fueron castigados los Fesara, subtribu de los gatafan, porque se habían atrevido á robar una de aquellas caravanas, no muy lejos al

Norte de la ciudad. Poco antes, así lo refiere la tradición, había sido también necesario emprender otra razzia hacia el Norte para vengar el robo de un embajador que parece que Mahoma había enviado á Siria cerca del emperador bizantino Heraclio, ocupado á la sazón en su decisiva campaña contra los persas. Respecto del objeto de la embajada, que probablemente mas bien que al emperador iría dirigida al prefecto de la Palestina, nada sabemos, como tampoco acerca de la relación que con ella pudo tener una expedición que se hizo algunos meses despues hacia Dumat el-Schandal. La población cristiana de este oasis estaba al parecer desde muy antiguo en relación con los elementos cristianos del reino de Hira; con esto concuerda también que su caudillo, aunque perteneciente á la tribu puramente árabe de los Kelb, llevase el título de rey. Parece que esta población se sometió sin resistencia al jefe de los musulimes prometiendo pagar tributo; pero virtualmente solo fué sometido este pequeño país mucho tiempo despues.

Entretanto se acercaba el fin del año 6 (primavera de 628) y con él la época de la fiesta de la peregrinación á la Meca. Debía, como siempre, celebrarse en el segundo de los tres meses sagrados sucesivos, Zul-ka'ada, Zul-hiddscha y Mohawam (1); pero ya en el Zul-ka'ada, durante el cual se verificaba el mercado de Madschanna, solían ir también muchos árabes á la Meca para cumplir la llamada «peregrinación de visita,» esto es, la peregrinación mas pequeña, que estaba limitada á la visita de los lugares sagrados de la misma Meca, mientras que la mayor, el verdadero Hadsch, comprendía la procesión á Arafat y Mina. Poco despues de haber principiado este mes anunció Mahoma á sus creyentes que había hecho en sueños la peregrinación y que le habían sido entregadas las llaves de la Ka'aba; que se prepararan para emprender la peregrinación de visita, no llevando mas armas que la espada, pues que era una expedición pacífica.

Apenas es creible que solo á consecuencia de un sueño hubiese adoptado el Profeta resolución tan grave; no era él ya á la sazón tan ingenuo. Debía de tener alguna razón especial para suponer que los koreischitas respetarían también para con él el principio de que en los meses sagrados era permitido á todos visitar sin ser molestados la Meca y la Ka'aba. Pero la tradición carece de todo indicio acerca de la naturaleza de aquella razón. Cuánto mas era la Ka'aba el centro visible de su comunidad, desde el cambio de la Kibla, y, por lo mismo, su posesión la meta de los esfuerzos de Mahoma, tanto mayor era el interés de los de la Meca en tenerle alejado de los lugares sagrados. Esto debía saberlo el Profeta, y yo no creo que pudiera suponer todavía entonces en sus paisanos el ilimitado respeto á las antiguas costumbres, que él mismo había hecho todo lo posible para arrancar de ellos. Si vemos, pues, que posteriormente entre los hombres principales de la Meca solo se muestran todavía celosos por la continuación de la resistencia los pocos que tenían especial motivo de enemistad personal contra el Profeta, como por ejemplo Ikrima, el hijo de Abu Schachl, muerto en Bedr; que en las negociaciones de que hablaremos luego no representan el principal papel los hombres de Maschum y de Omayya sino los de Benu Ma'isz, subtribu poco importante de los Koreisch; que Abu Ssofyan, antes alma de toda empresa dirigida contra Mahoma, desaparece de la escena de improviso; que poco despues uno

(1) De estos, los dos primeros eran los últimos del año, y el tercero, el primero del siguiente; el cuarto mes sagrado, el Radschab, es el séptimo en orden, el cual, completo, es como sigue: Mohawam, Ssafa, Rabi' I, Rabi' II, Schumada I, Schumada II, Radschab, Scha'aban, Ramadan, Scharrowal, Zul-ka'ada y Zul-hiddscha.

de los principales de los Machsum, Jalid Ibn El-Walid, abraza públicamente el Islam; si vemos todo esto, podría asaltarnos la sospecha de que los mas perspicaces de la Meca debieron de haber reconocido, desde la «guerra del foso,» la inutilidad de proseguir la resistencia y prestado oído á las proposiciones que Mahoma siempre estaba en posición de hacerles por medio de su tío Abbas y de otros. Para acostumbrar á los de la Meca á la reaparición en la ciudad del hombre odiado, se acordaría, acaso, desde luego la asistencia á la peregrinación de visita durante la tregua, pero en el momento de intentar la realización de este acuerdo se manifestarían tan vivamente la indignación de la multitud y el odio de los enemigos personales del Profeta, que por esta vez los mas prudentes no se atreverían á hablar de condescendencias. De todo esto, sin embargo, no hay testimonios, aunque no se puede llevar á mal la tentativa de motivar en cierto modo los hechos que ahora vamos á referir.

Eran aproximadamente 1,500 medineses y aslamitas los que en 1.º Zul-ka'ada emprendieron la marcha hacia la Meca. Llegóse sin incidente alguno,—había empezado ya el mes sagrado,—á Osfan, á unas diez millas al N.O. de la Meca; pero allí recibió el Profeta la desagradable nueva de que los koreischitas, al aviso de su aproximación, se habían movido, así como sus aliados de las cercanías, habían acampado al N. de la ciudad y destacado su caballería muy adelante del camino de Osfan. Para acercarse entretanto todo lo posible á la ciudad, torció Mahoma hacia la derecha, cortó la avanzada de caballería y llegó hasta Hodeibiya, en el límite del territorio sagrado, donde empezaban las posiciones de los de la Meca, y allí estableció su campamento. Los Josa'a, sus antiguos amigos y habituales espías, de los cuales una parte aparece ya aquí convertida al Islam, le informaron minuciosamente de todo lo ocurrido en la ciudad, y de lo cual, por desgracia, no sabemos nosotros lo principal. Por medio de ellos entabló él entonces negociaciones diplomáticas para lograr su entrada pacífica en la Meca. Al principio se presentó enérgico y declaró que en caso necesario no le arredraría tampoco la lucha para llegar hasta la Ka'aba; por lo demás estaba dispuesto á convenir en una larga tregua con los koreischitas, bajo la condición de que en lo porvenir las caravanas de estos últimos podrían circular libremente en todas direcciones, pero reservándose su libertad de acción para con los demás árabes. Fueron y vinieron varios enviados sin que se pudiera llegar á un acuerdo: por último Mahoma envió á su yerno Othman, dando permiso al propio tiempo á algunos otros para que fueran á la Meca á visitar á sus parientes. Othman no encontró en el campamento disposiciones favorables, y juzgó conveniente penetrar en la ciudad para hablar allí con unos y con otros y particularmente acaso con sus parientes de la casa Omayya. Cuando hubieron pasado tres días sin que regresara Othman ni ninguno de los otros, y en cambio empezara á circular el rumor de que los koreischitas habían matado á aquel, la situación se agravó considerablemente. Bajo ningún concepto Mahoma se habría resignado á perdonar el asesinato de un enviado suyo que era además su yerno; así se hicieron prisioneros algunos de la Meca que vagaban por aquellas cercanías y fueron tenidos en rehenes. En esto empezaron los koreischitas que estaban mas próximos á hacer escaramuzas: parecía inminente el rompimiento de una lucha general.

Los creyentes no habían llevado consigo mas armas que sus espadas; además el Profeta les había anunciado que la expedición sería puramente pacífica. En sus compañeros de emigración y en los antiguos ansares podía de todas suertes

confiar, pero no era cosa tan segura que los neófitos se sintieran de igual modo obligados á permanecerle fieles en la imprevista crítica situación. Así, mandó reunir á su gente alrededor de un gran árbol, bajo el cual se colocó él mismo, y les hizo prometer, en la forma acostumbrada, que no le abandonarían. La gloria que despues se atribuyeron los que tomaron parte en este homenaje del «buen agrado» (1) demuestra claramente con cuánta exactitud se juzgó entonces lo grave de las circunstancias. Con todo, los koreischitas tampoco tenían gran interés en una lucha, cuyo desenlace no era fácil de prever, dado el arrojado desespere de los musulimes; así, enviaron ellos mismos á Soheil Ibn Amr, de la casa Ma'is, con otros dos, para convenir los términos del acomodamiento propuesto por Mahoma, con la condición de que este y los suyos se retirasen por aquel año, pero que en el siguiente les sería permitida la entrada en la Ka'aba durante tres días. Cuando esta condición llegó á conocimiento de los musulimes, los celosos, con Omar á su cabeza, se enfurecieron, y poco faltó para que negaran toda obediencia á Mahoma. Este necesitó valerse de toda su autoridad para poder llevar á buen término la negociación sin perturbaciones violentas y sin riesgo de los enviados. Excitó, sobre todo, la indignación de los creyentes que cuando se fué á dictar el convenio los koreischitas se negaron á encabezarlo con la fórmula musulímica «en nombre de Allah clemente y misericordioso» y á designar á Mahoma como el «enviado de Dios;» y desconocieron por completo á su Profeta cuando hizo tranquilamente señal á Alí, que en aquella ocasión hacía de escribiente, para que satisficiera la exigencia de los infieles. En realidad, aun independientemente de esto, aquel notable documento, tal como quedó ultimado, era de tal naturaleza que debía ofrecer grave reparo hasta á hombres que pensaran mas friamente, porque era como sigue:

«En tu nombre, ¡oh Allah! Estas son las condiciones bajo las cuales Mahoma, hijo de Abdallah, hace la paz con Soheil, hijo de Amir. Han convenido en suspender la guerra entre los interesados durante diez años, en los cuales los interesados de ambas partes deberán gozar de seguridad y dejar el uno al otro en paz, con la condición de que cuando uno de los Koreis vaya á Mahoma sin permiso de aquel que tenga legítima autoridad sobre él, Mahoma lo entregue á los Koreis, pero cuando uno de los que rodean á Mahoma vaya á los Koreis, no estén ellos obligados á entregarlo. Además deberá existir entre nosotros verdadera lealtad y no emplear secreta hostilidad ni perfidia. Además, cuando uno (de las demás tribus) quiera hacer pacto y alianza con Mahoma, podrá hacerlo, y cuando uno quiera hacer pacto y alianza con los Koreis, podrá hacerlo. Además, deberás tú (2) este año desocupar nuestro territorio sin venir á nosotros á la Meca. Además, cuando haya terminado el año desocuparemos (la ciudad) antes de tu llegada; entonces tú podrás entrar con tus compañeros y permanecer allí tres días, con las armas de aquel que está en viaje, las espadas en las vainas, y no podrás entrar con otras (armas).»

Cuando despues de firmado el documento se retiraron los de la Meca, mandó Mahoma sacrificar las reses que se habían llevado al efecto y proceder á la tonsura del cabello, como era de costumbre al terminar las ceremonias de la peregrinación. Esto implicaba el reconocimiento de que aunque esta vez se había impedido la visita de los lugares sagrados, la peregrinación quedaba cumplida según su íntimo sentido religioso. No es, pues, de extrañar que hasta aquellos que se habían acostumbrado á edificar como sobre roca en toda pa-

(1) Esto es, el agrado que Dios tuvo en ello.

(2) Así está en la tradición; fueron, pues, los de la Meca quienes dictaron el convenio á Alí.

labra del enviado de Dios, no se sintieran con fuerzas para adherirse á semejante reconocimiento. Debía considerarse como un acceso repentino de debilidad impía que el Profeta, que tan claramente había anunciado la entrada en la Meca, se retirara sin haberlo cumplido dando la débil excusa de que el triunfo anunciado solo había sido aplazado, y que en lugar de la guerra incesante contra los infieles, predicada uno y otro día, ajustara ahora una tregua bajo condiciones tan humillantes como jamás se habían podido imaginar. Así, solo despues de repetidos mandatos y cuando el mismo Profeta hubo dado el ejemplo, cumplieron de mala gana y solo en parte las ceremonias prescritas y emprendieron disgustados el regreso.

Pero pronto debieron reconocer cuánta razón había tenido Abu Bekr cuando en són de amonestación apostrofó al impetuoso Omar: «¡Ténte pegado á su estribo, pues él es el enviado de Dios!» Si bien el convenio era sin duda resultado de una situación violenta á la que Mahoma se vió conducido inesperadamente, no dejó de aprovecharla con sin igual y estudiado dominio de sí mismo para un golpe maestro diplomático. Los koreischitas, que habían creído asegurarse la parte del león en las ventajas del convenio, no sacaron de él, en definitiva, mas que el poco costoso placer de poderse vanagloriar de él durante algun tiempo; Mahoma, en apariencia perjudicado y humillado, se hizo muy pronto el dueño indisputable de la situación. Para él era una ventaja de todo punto inapreciable que los de la Meca ante todo hubiesen tratado con él de igual á igual, pues por medio del ajuste del convenio habían reconocido en él iguales derechos que en sí mismos. Con ello se le había quitado de encima oficialmente la tacha de extranjero fugitivo de su patria; el que quisiera estaba, pues, en libertad de confesarse su partidario ó su aliado sin menoscabo del antiguo concepto árabe de la honra de la tribu. La ventaja para él era análoga á la que obtendría en nuestros días un movimiento revolucionario que consiguiera que las grandes potencias le reconocieran la cualidad de beligerante; solo que él había, además, obtenido este reconocimiento de los mismos contra quienes se había rebelado. Inmediatamente, á consecuencia de lo pactado, se declararon públicamente sus aliados los Josa'a vecinos mas próximos de la Meca, que hasta allí le habían sido secretamente adictos, mientras que los Bekr (de las tribus de Kinana, entre Meca y la costa), que moraban junto á estos últimos, se adhirieron á los Koreis; esto le ofrecía, siempre que le conviniera, un *casus belli* contra estas gentes turbulentas y enemigas suyas desde antiguo, con las cuales había tenido ya mas de un rozamiento. Hasta la cláusula, en apariencia tan desventajosa, por la cual estaba obligado á entregar á los partidarios suyos que se refugiaron en Medina sin consentimiento de sus legítimos superiores, no tardó mucho en redundar en su provecho. Abu Baszir, individuo de los Thakif, que se había establecido en la Meca como protegido de la casa Sohrá y sido encerrado por su protector á causa de su inclinación al Islam, se escapó y llegó felizmente á Medina. Los Sohrá enviaron á dos de los suyos con un escrito en vista del cual Mahoma no se pudo negar á la entrega de Abu Baszir; pero en el camino, este aprovechó una ocasión favorable para matar á uno de sus guardas y escapar hácia la costa. Allí pronto se le reunieron gran número de fugitivos que por igual causa habían huido de la Meca, llegando en junto á unos setenta, y con ellos empezó desde luego á atacar las caravanas de los koreischitas, causando tal daño, que estos tuvieron que suplicar á Mahoma por amor del cielo que consintiera en la anulacion de la funesta cláusula. De este modo se estableció la libertad completa para salir de la ciudad y trasladarse á Medina, y se demostró de nuevo evi-

dentemente la impotencia de los de la Meca para impedir los progresos del Islam. El rico botín que las campañas de Mahoma proporcionaban á los musulimes obró en muchas personas como irresistible cebo; los mas perspicaces previeron el pronto triunfo del Profeta sobre todos sus enemigos: así fué que 22 meses despues de los sucesos de Hodeibiya se había mas que duplicado el número de sus partidarios. Entre los que de todas partes acudían á ponerse bajo la bandera de la fe se encontraban Jalid Ibn El-Walid, de los Maschum, vencedor del Ojod, y Amr Ibn El-Así, el primero el general mas importante y el segundo el mas consumado político del imperio árabe posterior.

Las inesperadas consecuencias del convenio debieron avergonzar en extremo á los que ciegos de indignación se habían opuesto á él con tanto ardor, y elevar hasta el grado de inquebrantable la confianza de los suyos en la sabiduría del enviado de Dios. Pero antes de que se manifestaran tales consecuencias fué necesario indemnizar á los creyentes por la aparente derrota. Se comprende que con este objeto se continuara la persecución de los judíos. En Medina ya no quedaba nadie de este desgraciado pueblo, pero en el Hedyaz septentrional habitaba todavía una numerosa y rica población israelita, cuyo centro era Heibar, compuesta de tres barrios bien fortificados, y que también ocupaba los importantes lugares Wadi'l-Kora y Fadak. Ya sabemos que Mahoma había preparado de antemano el terreno por medio del asesinato de sus caudillos Abu Rafi y Oseir y por medio del castigo de los Benu Sa'ad en Fadak; á la sazón decidió la completa sujeción de aquella ciudad. Con 1,400 hombres y 200 caballos emprendió la marcha contra ella poco despues del regreso de Hodeibiya, el 7 del mes Mohawam (abril 6, mayo de 628). Los judíos estaban convencidos de que muy pronto les tocaría el turno de ser atacados; pero habían descuidado tomar precauciones confiados en la solidez de las torres, construidas en parte sobre elevadas rocas, que constituían la defensa de Heibar, como también en el auxilio de 4,000 de los gatafan que estaban á su lado; de modo que Mahoma consiguió sorprenderles á las primeras horas de la mañana, despues de una rápida marcha nocturna. No había ya lugar para una batalla campal, si es que habían pensado en ella; debieron, pues, retirarse á sus fortalezas; pero esto no convenia en manera alguna á los gatafan, que, como verdaderos beduinos, necesitaban campo abierto para en caso de derrota escapar rápidamente á sus estepas; parece, además, que Mahoma les había hecho toda clase de promesas, y así abandonaron á los judíos antes de que hubiera comenzado el sitio formal. Los musulimes no tenían al principio ninguna máquina de guerra con que abrir brecha en los muros y torres, y parecia que tenían ante sí una campaña penosa y monótona para rendir por hambre al enemigo. Disgustado Mahoma, mandó talar las plantaciones de palmeras que había delante de la ciudad; pero se dejó vencer por el siempre visor Abu Bekr y suspendió la ya comenzada operación. Entonces un traidor descubrió la parte débil de la fortificación del barrio frente al cual estaban acampados los musulimes. Ciertamente que los judíos al penetrar el enemigo huyeron de allí y se refugiaron en el mas próximo de sus fuertes; pero en un escondrijo los sitiadores encontraron máquinas de guerra, y si bien apenas se llegó á hacer uso de ellas, se disminuyó considerablemente con esto, como era de esperar, la confianza en la inexpugnabilidad de los fuertes. Intentaron los sitiados entonces varias salidas, que fueron siempre rechazadas, y despues de diferentes alternativas, se vieron obligados á abandonar una tras otra sus torres. En la última y mas fuerte de todas se mantuvieron aun catorce días sin intentar ninguna nueva salida; por último,

cuando Mahoma se ocupaba en probar las máquinas de guerra, á que sus tropas no estaban todavía acostumbradas, los judíos se declararon dispuestos á capitular. Se les concedió que se retiraran libremente con sus mujeres é hijos bajo la condición de que hicieran entrega de todos sus bienes, exceptuando únicamente las ropas que llevaban puestas, y el que intentara ocultar algo, quedaria á merced del primero que lo observara. A pesar de esto, el caudillo de los judíos, Kinana, hijo de Abu Rafi, ocultó el antiguo tesoro de su familia, y cuando fué denunciado á Mahoma, este mandó aplicarle el tormento, así como á su hermano, para arrancarle nuevas confesiones, haciéndoles matar despues, lo cual no fué obstáculo para que posteriormente se casara con la hermosa viuda del desventurado judío. El botín fué extraordinariamente rico, siendo, como de costumbre, repartido; pero las tierras, como no pareciese conveniente debilitar las fuerzas del Islam por medio de colonizaciones de creyentes á gran distancia de Medina, se concedieron á los judíos para que las cultivaran «mientras que Dios quisiera,» con la condición de que habían de entregar la mitad de su producto.

Poco faltó para que la victoria de Heibar costase muy cara al Profeta. Una judía llamada Seinab, cuyos parientes varones habían perecido todos en la lucha, procuró vengar su muerte. Una tarde regaló á Mahoma una oveja degollada, cuya carne había impregnado de un activo veneno; el Profeta la aceptó y la mandó preparar para sí y para algunos convidados. Pero al primer bocado conoció por el mal sabor que estaba envenenada y arrojóla salvando así su vida, mientras que murió uno de los comensales, que ya había tragado alguna pequeña cantidad de carne. Sin embargo, Mahoma creyó hasta el fin de su vida sentir el efecto del veneno, atribuyéndole, aunque sin razón, su última enfermedad.

Los demás judíos de la Arabia del Norte, despues de la rendición de su principal ciudad fortificada, apenas se atrevieron á continuar la resistencia: puede decirse que sin intentar siquiera la defensa se entregaron Wadi'l-Kora y Fadak, y probablemente también entonces Teimá, que estaba á mayor distancia. Había, pues, conseguido Mahoma uno de sus fines: ningún judío en la Arabia se atrevía ya á levantar la mano contra él ó á disputarle sus pretensiones de profeta á no ser en el círculo mas íntimo de sus correligionarios. Los meses sucesivos á este acontecimiento transcurrieron sin que se emprendieran otras expediciones mas que algunas de menor importancia contra los beduinos, especialmente contra los harvasin y los gatafan; de esta suerte se llegó al 7 del mes Zul-ka'ada (aproximadamente febrero de 629) y con él á la época de la «peregrinación de visita,» que debía proporcionar esta vez la libre y solemne entrada del Profeta en los lugares sagrados de la Meca. Aquella peregrinación se verificó sin incidente alguno perturbador: cuando el ejército de los musulimes, que, además de los creyentes que estuvieron el año anterior en Hodeibiya, se componía de un número considerable de nuevos peregrinos, formando un total de dos mil hombres, hubo llegado á los límites del territorio sagrado, el contingente armado de Meca (1) salió de la ciudad y se retiró á los montes vecinos. Se comprenderá el sentimiento de propia satisfacción con que Mahoma, como dueño absoluto ya de una gran parte de la Arabia, hizo su entrada al frente de sus invencibles huestes en la ciudad de la cual siete años antes había tenido que salir sigilosamente como fugitivo desamparado. Desde aquel momento ya nadie podía «impedir» ni á él ni á los suyos «la entrada en la casa santa,» y con toda seguridad cumplieron los creyentes los veneran-

(1) Así se debe entender cuando se dice: «Los koreischitas habían salido de Meca,» pues encontramos luego á Mahoma en conversacion con los habitantes de la ciudad.

dos usos. Despues hubo todo género de trato amistoso con los de la Meca que habían quedado en la ciudad, y especialmente vemos al Profeta en coloquio íntimo con su sagaz tío Abbas. El astuto anciano encontró prudente, en la prevision de lo que pudiera sobrevenir, asegurar para sí y para los suyos un buen lugar al lado de su sobrino, que tanto había progresado en los últimos tiempos, y con este objeto hizo que Mahoma se casara con Meimuna, su cuñada viuda, que hasta entonces había habitado en su casa, y á la cual el Profeta admitió sin repugnancia en su harem, ya que él debía tener también interés en estrechar nuevos lazos con la Meca.

Habían pasado ya los tres días convenidos, y se acercó Soheil, el cual aparece también esta vez como vocero de los koreischitas, para pedir á los musulimes que desocuparan la ciudad. Mahoma replicó que todavía podrían celebrar juntos su casamiento con Meimuna; pero Soheil no se fió de tan amable invitación é insistió en el cumplimiento literal del convenio. Así, pues, los musulimes se retiraron al cuarto día. Había terminado la «peregrinación complementaria» (2) y se había realizado la mitad del sueño del Profeta. Pero cuánto celo había desplegado durante estos tres días para preparar la realización de la otra mitad, lo demuestran las conversiones, desde entonces cada día mas frecuentes, de hombres de las mas diversas familias y en parte de las mas reputadas de la Meca: Jalid y Amr sintieronse entonces iluminados por la gracia divina, y con ellos muchos otros.

«Los hombres siempre quieren precipitar los sucesos, pero Dios deja que lleguen á sazón,» solía decir despues el reposado Abu Bekr cuando se hablaba de Hodeibiya; esta era también la opinión del gran político que cada vez con mas fuerza se revela en Mahoma. Mientras que no solo de la antigua patria sino también de las mas diversas tribus de la península, acudían continuamente nuevos reclutas á su cuartel general, y se acostumbraban á aceptar, por amor á la buena causa, los muchos rezos, tributos y demás incomodidades de la desusada piedad, cosas todas á las cuales era al principio refractario el verdadero árabe, Mahoma aguardaba tranquilamente el momento en que la Meca debía caer en sus manos como fruto maduro. No podía, sin embargo, estar ocioso entretanto; esto habría sido opuesto al modo de ser del Islam, y todavía mas allá del Hedyaz estaba el mundo lleno de infieles. Ya hicimos mención de una noticia segun la cual Mahoma envió en el año 6 (627) un embajador al emperador Heraclio. Aun antes de la expedición á Heibar (primavera de 628), refiere la tradición mas adelante, mandó el Profeta extender comunicaciones al emperador Heraclio, al prefecto bizantino de Egipto, al gasanida Hárith VII y al Cosroes Parwés, schah de Persia. Les intimaba que abandonaran sus falsos ídolos y se sometieran al enviado de Allah. Ya se puede pensar el efecto cómico que debió de producir en Heraclio semejante manifestación de parte de un oscuro caudillo árabe, si es que el escrito llegó á sus manos; acababa precisamente de dar cima á la guerra (abril de 628) que había durado tantos siglos entre Persia y el imperio bizantino por medio de decisivos triunfos que devolvieron al imperio todas las provincias que habían caído en otro tiempo en poder de Persia. Poco sospechaba este poderoso príncipe que apenas ocho años despues las hordas de aquel oscuro aventurero le arrancarían para siempre la mitad de su territorio asiático y le arrojarían como fugitivo desamparado hácia Constantinopla. El persa no llegó á recibir el pliego que le iba destinado; cuando se escribía, casi no podía

(2) *Omrat el-Kaddá*, literalmente: «la peregrinación de visita de la terminación.»